

Entre la biografía y la novela histórica

*A mi padre, que conversa con Alfredo Juderías,
discípulo y testigo de Marañón.*

La imaginación opera necesariamente con los datos de la experiencia (ésta entendida de manera amplia, casi ilimitada), pero ni el camino que recorre la imagen inicial ni su última metamorfosis son previsibles, hasta tal punto que muchas veces es difícil reconocer su origen en una realidad estética.

Gonzalo Torrente Ballester.

Desde principios hasta mediados de nuestro siglo cristalizan dos visiones globales en la configuración dramática, mítica y trágica que la literatura proporciona respecto al individuo. Quedaba así invalidada la afirmación de Georg Steiner sobre la *ausencia* de lo trágico en las letras europeas modernas, respecto a los antecedentes clásicos. Estas «visiones globales» pueden interpretarse como tendencia dentro del ámbito inmenso de la realidad, y en particular de la realidad notificada por la escritura, entre numerosas ramificaciones literarias de diferente signo, para destacarse por sí mismas en razón de su valor, de las certeras intuiciones que difunde, y del modo en que imponen una nueva sensibilidad o sus elementos maestros, lo que se concreta sobre todo en la estimación del ser humano individual para acceder a espacios y conjuntos más amplios, marcados por el signo de lo general.

No hablamos propiamente, en consecuencia, de individualismo ni de personalismo. En cierto sentido se trata de la regla contraria, de los planteamientos genéricos que nos permiten aproximarnos o conocer por una vía distinta o inédita al individuo concreto, al sujeto que existe en verdad y con el rasgo de la singularidad, en las ficciones literarias.

La tendencia con mayor fortuna surge como de un remolino lírico y recupera, rozando la agresividad, el gusto de lo romántico y de la aventura, a través del desengaño previo del mundo. Visión global o tendencia reconocemos este acercamiento al ser humano por cuanto señala nuevos tonos, nuevos ámbitos, nuevas aspiraciones, preguntas y quimeras, dejando al margen los escenarios y los rituales clásicos. Y la identificamos merced al contraste entre las dimensiones heroicas *posibles* del individuo, desde una perspectiva de emoción y vértigo, y lo que se ha venido en denominar «desmitificación» con abrumadora pretenciosidad, por el procedimiento en que tiene lugar esa búsqueda de las raíces personales de cada protagonista, de cada personaje, de cada temperamento.

Nos hallamos, en efecto, ante seres que se realizan desde la desdicha, desde el coraje en la verificación de la fatalidad, o desde un interrogar mecánico relacionado con el

entorno o la naturaleza, y que alientan en el fondo de su desazón de la realidad —por la realidad— el impulso de vivir a toda costa, sin que sean relevantes los sacrificios a superar. Estos personajes consuman en sí y en lo inmediato el gran proyecto de la vida, siquiera en un orden cotidiano. Son los personajes que tienen como ascendiente revelador y se diría que condenatorio, el sentimiento de lo trágico, la experiencia de los imposibles que arrollan la buena fe, los deseos —miserables, nimios, grandiosos, o incluso fascinantes en su generosidad— y la esperanza, motivos que encuentran su hogar en el corazón del hombre. La constante frustración delimita las fronteras de lo cotidiano, del mundo. Y la certeza del individuo injuriado señala que esto sucede en un sentido universal.

Reconocemos ese «sentir» a flor de piel, en el que la esperanza renace con un ritmo esporádico como un débil destello, cada vez que ha sido malograda en la identidad del héroe derrotado pero nunca claudicante, ni siquiera por su absoluta ingenuidad o inocencia, que une a Robert Musil con Franz Kafka, con Bruno Schultz, con Thomas Mann o Alfred Döblin, en consonancia con la desdicha dostoieskiana. Esta ontología del sufrimiento formula la evidencia del universo como un efecto de incesantes debates de conciencia y de la negación asfixiante de la libertad por la escisión entre las verdades interiores del individuo y las incesantes e indefinidas agresiones de todo aquello que le rodea desde un plano externo y, por tanto, extraño.

Es el espacio donde todos podemos sentirnos extranjeros.

Si bien estos personajes surgen en la literatura y en lo real como víctimas del desengaño, partiendo de la masacre de la esperanza, aquéllos que pertenecen a la segunda visión arrancan, por el contrario, de la fe. Sólo un proceso de situaciones adversas les conduce a un abismo paralelo de rechazo, desesperación y nostalgia de los paraísos perdidos y de las utopías traicionadas. Aún así, tales personajes intentan superar el encierro mediante el escepticismo, elevado a óptica que unifica lo extraordinario y lo vulgar en una nueva religión o en ideal desprendido de dogmas metafísicos. Son los héroes que constatan en su derrota, en su riesgo permanente —al haber optado por la causa de la disconformidad—, la condición del individuo, y por ello, lúcidos o destruídos, renuncian a todo aquello que les sobrepasa.

Esta apuesta, sin embargo, sólo se llega a producir, en el supuesto de que no se decidan a buscar la muerte con una premeditación destructora o hasta proselitista que se opone a la falta de sentido de la existencia, en una ofensiva final contra el orden que pretende reducirlos a la esclavitud o a la humillación.

Dichos rasgos se completan con la caracterización del mundo como acontecimiento incomprensible, sinónimo de la *sociedad* devorada por el Estado, el Leviathán, aunque también se le designe mediante la imagen de la jungla, ya en una concepción literal o en la gran parábola que dimana del asfalto, o bien como un espacio dominado por la magia de un bastardo de Morfeo que hace proclamar a Jean-Paul Sartre su aburrimiento radical, la gran rutina de la época.

Por este espacio desfilan los criaturas de Hemingway, Malraux, Saint-Exupéry, Cendrars, Céline, Hammett, McCoy, Camus, Genet, Chandler, Faulkner o Vian... Son los responsables de una ampliación de la vivencia de la época.

En los ambientes frecuentados por ellos la huida o el enfrentamiento atroz con la realidad consagrada a falsos dioses tiene, en cambio, una raíz *histórica*. Las repercusiones de las luchas de liberación en los pueblos asiáticos, la Depresión mundial del 29 y sus huellas espectaculares de corrupción política y social; el ascenso impetuoso y arbitrario de los autoritarismos en el Viejo Continente, correlativo al encajonamiento de los postulados democráticos y emancipadores —dentro o fuera de los principios de revolución—; la resistencia contra las dictaduras, y el afianzamiento final en Occidente de «nuevos» despotismos ilustrados, a cobijo de ritos de filiación liberal, llenan el trasfondo de miles de páginas que vienen a resaltar esa fuga —necesaria— de lo histórico, el desaliento que se deriva de las últimas lecciones del pasado reciente, exigiéndolo a la manera de un paso previo a la razón, inevitable, fatal.

No obstante, la meta de manifestaciones literarias semejantes no coincide ni en un plano expresivo, ni tampoco en cuanto materialización de actitudes críticas de respuesta, con el contenido que estos y otros personajes transfieren con su pauta de conducta. El fenómeno que hemos denominado «fuga», como un equivalente al rechazo de lo histórico, del signo de una época, sólo puede sostenerse en cuanto que se ha adoptado una postura de enfrentamiento e inconformismo respecto a lo habitual, ya en la política o en la sociedad.

Ello no implica en ningún modo el desarrollo de una vocación de marginalidad, abrazar una alternativa de aislamiento purista, sino huir de los caminos consabidos y ortodoxos que adormecen la conciencia y neutralizan la capacidad innata del individuo para la libertad.

Debe situarse en el ámbito del pensamiento y la literatura el territorio donde se denuncia en primer término ese proceso de neutralización de las potencias de la personalidad. Y es así como, con un impulso entroncado con el del romanticismo, o con una crítica fundamentada en la tradición del realismo, surge el augurio, el testimonio o la rebeldía, para mantener en pie la necesaria discusión sobre el ser humano, destinada a asegurar la pervivencia de su condición de sujeto libre y activo.

Augurio de la aniquilación, conciencia del enclaustramiento represivo de la individualidad en una expansión magna de la decadencia. Anunciado a golpes de látigo o de martillo por Friedrich Nietzsche, y detallado hasta en lo insignificante por Dostoievski, desde latitudes distantes y credos opuestos, la realidad de los personajes de Musil, Kafka, Mann, Bloch, Broch o Hesse, plasma esa gruta a la que se aboca el hombre para facilitar su pleitesía.

Testimonio y rebeldía, en cambio, se aprecian desde perspectivas heteróclitas, ya por la ruta de la literatura que se apresta a profundizar en la resistencia antiautoritaria, incorporando a los valores activos de la creación una faceta propagandística y funcional —Orwell, Koestler o Heinrich Mann son ejemplos de ellos, sin que se discuta la calidad de su prosa— como también por la vía de los géneros convencionales, en cuyo seno se introducen algunos autores para desgranar sus críticas a la vez que ganan el sustento. Ello es notorio en las creaciones de Hammett o Malraux. Pero a medida que crece la duda o el escepticismo sobre las posibilidades ciertas de transformar la vida, una vez que el sueño de la revolución rusa se ha difundido desde el extremo oriental de Europa